

1898/1998

EL ESPIONAJE ESPAÑOL *en la guerra de Cuba*

UNO DE LOS ASPECTOS MENOS CONOCIDOS de la guerra es el de la extensa y eficaz red de espionaje montada por España. De hecho, y al menos desde la crisis del *Virginius* en 1873, ambos países consideraron que la cuestión cubana les terminaría llevando a un enfrentamiento armado, por lo que se observaron con todo interés. Prueba de ello fue la atención con la que la *Revista General de Marina* siguió desde entonces los progresos de la Marina estadounidense.

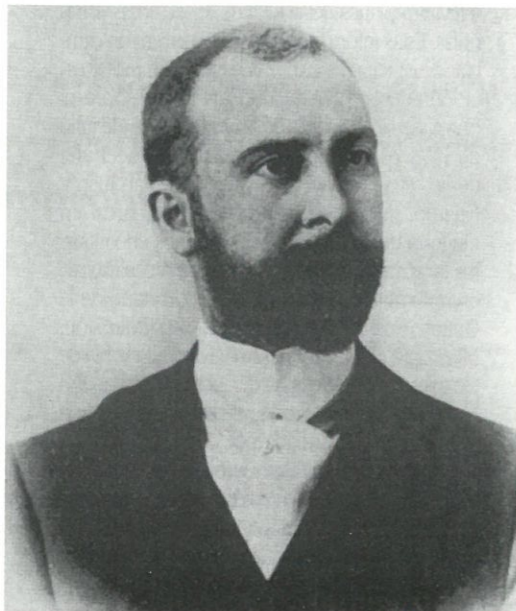
Tales temores no hicieron sino agravarse con la insurrección cubana de 1895 y las continuas injerencias estadounidenses, lo que hizo que el nuevo agregado naval en Washington, el alférez de navío Gutiérrez Sobral, comenzara a enviar una muy completa información no sólo sobre los barcos americanos y sus dotaciones, sino sobre su Ejército y defensas costeras. El cuadro resultante revelaba numerosas carencias e insuficiencias en el futuro enemigo, que, desgraciadamente, por los errores y debilidad españolas no se pudieron explotar convenientemente.

Pero Sobral se había «quemado» en su misión, y poco antes del estallido de la guerra fue relevado por el teniente de navío Ramón Carranza, un ferrolano de 35 años que se había distinguido en la lucha contra los insurrectos, habiendo merecido en ella dos Cruces del Mérito Militar y una de María Cristina.

Al declararse la guerra, todo el personal diplomático y consular español acreditado en los EEUU tuvo que hacer las maletas, obviamente, pero no volvió a España, sino que se trasladó a la entonces colonia británica de Canadá, de Vancouver a Halifax, y allí, bajo la dirección del antiguo secretario

de embajada en Washington, Juan Dubosc, y el propio Carranza, empezó pronto sus actividades. Toda la estructura había sido organizada por el propio embajador, Polo de Bernabé, quien continuó viaje a España.

Por supuesto que ésta era sólo la parte visible de la red española, que tenía, por convencimiento o por dinero, numerosos agentes en los EEUU. Buena parte de aquella red procedía de la establecida allí para vigilar las actividades de los insurrectos cubanos. Para valorar su importancia cabe decir que la secretaria de la delegación estadounidense que acudió a París, la



El agregado naval en Washington, Ramón Carranza, en su época de teniente de navío (1898).

señora Atkinson, era una agente español, y que éstos se contaban hasta entre las tropas de Shafter. Así el sargento Elmhurst, del 3º de Caballería, se dejaría coger prisionero a la primera oportunidad para pasar información, identificándose por su anillo de plata y por la contraseña «confianza blanca». Durante la guerra, otros se ofrecieron como espías a Carranza y a Dubosc, pero fueron de escasa utilidad por ser agentes provocadores, simples aventureros o haber sido detectados por el contraespionaje enemigo.

Las informaciones transmitidas por telégrafo y en clave desde Montreal eran muy valiosas. De esta forma, por ejemplo, pudo avisarse a Cervera con anticipación de que Sampson pensaba embotellarle en Santiago hundiendo en la boca del puerto un transporte averiado de su escuadra. En el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores se conservan más de setenta de aquellos telegramas cifrados. Como es habitual, también se cumplieron misiones de contrainformación, divulgando rumores.

Por si fuera poco, la red, que se extendía en realidad a toda la cuenca del Caribe, contratada vapores mercantes neutrales, los llenaba de comida y medicinas y los enviaba a forzar el bloqueo en Cuba, donde los alimentos eran desesperadamente necesarios. Muchos fueron apresados, pero al menos 22 lo consiguieron, y algunos por varias veces, dando un nuevo motivo de inquietud al enemigo, cuya estrategia de bloqueo de la isla buscaba justamente su rendición por inanición.

Pero el proyecto principal era el suministrar información para el *raid* de la escua-

dra de Cámara sobre las costas americanas, y con este fin uno de los cónsules se había acreditado en Hamilton (Bermudas). El espionaje americano descubrió la operación, pero le faltaban pruebas para denunciarla ante las autoridades británicas, así que las fabricó, tras interceptar, falsear e interpolar una carta personal de Carranza al capitán de navío de 1ª clase Gómez Imaz, destinado en el Ministerio de Marina en Madrid. Ante ello, las autoridades británicas decidieron expulsar a Dubosc y a Carranza, lo que hizo abortar el proyectado ataque de la Escuadra de Reserva.

Teóricamente, los británicos actuaron de forma totalmente acorde con las reglas de la neutralidad, pero lo cierto es que no tomaron medida alguna cuando se supo que dos cónsules norteamericanos anteriormente acreditados en España utilizaban Gibraltar como observatorio privilegiado para informarse de los preparativos de la escuadra de Cámara.

Sin embargo, la red española, y pese a nuevas caídas de agentes, siguió funcionando durante toda la guerra, ahora dirigida por el cónsul en Montreal, Bonilla, suministrando información e intentando hacer llegar víveres a la angustiada Cuba. Pero ya sin una escuadra que disputara el dominio del mar, aquélla era una tarea imposible y la resistencia no se pudo prolongar por más tiempo. Tras la expulsión decidida por las autoridades británicas, Dubosc ofreció sus servicios al general Blanco, pero Carranza, en vez de volver a España, desapareció en Canadá, pues tenía otros planes.



El proyecto principal de los servicios de inteligencia españoles era suministrar información para el *raid* de Cámara. En la fotografía, la escuadra española en Port Said.

Carranza, disfrazado y con los agentes enemigos y británicos pisándoles los talones, cruzó todo Canadá, llegando a Vancouver el 30 de junio, donde se alojó en una casa particular de Victoria, alquilada para él por Cabrejo, vicecónsul español allí acreditado. Se encerró sin salir siquiera a la calle, aunque comenzó inmediatamente sus gestiones, y sólo el 21 de julio se le incorporaron dos agentes. El joven marino pensaba adquirir allí un barco, armarlo y tripularlo y dedicarse con él a atacar a los buques americanos que volvían con el oro de Alaska y los que se dedicaban a la pesca de focas y ballenas. Aquellas aguas estaban poco o nada defendidas, por lo que tras su audaz *raid*, el cor-

Los barcos de la red, que se extendía a todo el Caribe, burlaban el bloqueo y suministraban víveres a la isla

sario pondría rumbo a Hawai y Japón, para luego dejarse internar en el neutral puerto ruso de Vladivostok.

Para la dotación contaba con los tripulantes de los barcos de la Transatlántica apresados por el enemigo, y que al ser personal civil, estaban en Nueva York confiados al cónsul de Austria-Hungría, la potencia a la que se confiaron los intereses españoles en los Estados Unidos durante la guerra. Eran más de 400, y muchos sabían además manejar cañones y habían cumplido su servicio militar en la Armada, por lo que no faltarían voluntarios bien preparados. Con la colaboración de los cónsules correspondientes se les haría pasar

por mineros italianos rumbo a Alaska o trabajadores chilenos.

En cuanto al barco, al final adquirió el *Amur* por 2.500 \$ de fianza y 70.000 de coste total, botado en 1890, de 900 toneladas de registro bruto y, con sus 13 nudos, más rápido que los guardacostas americanos de aquellas aguas. También se compraron dos viejos cañones *Winchester* y revólveres comerciales, y hasta treinta sables de abordaje diciendo que eran para una compañía teatral.

Al final todo se vino abajo, cuando el presionado cónsul austriaco decidió, sin más, reembarcar rumbo a España a los marineros detenidos en Nueva York. Pero Carranza, con

la única ayuda del cónsul en Vancouver y de dos agentes secretos, había conseguido distraer durante toda la guerra a buena parte del contraespionaje enemigo y a dos cruceros de la Navy, el *Wheeling*

que tuvieron que dedicarse a proteger su tráfico en aquella zona y a investigar cualquier vapor sospechoso.

Reaparecido tras el armisticio, Carranza sólo lamentó el que no se le hubieran enviado previamente, y como pidió, unos cuantos oficiales, clases y marineros disfrazados a Canadá antes de la guerra, lo que hubiera facilitado enormemente su proyecto. Su intrepidez le valió que sus recompensas anteriores se elevaran, llegando a obtener la Laureada, aunque el motivo siguió siendo secreto.

Agustín Ramón Rodríguez González
Doctor en Historia Contemporánea